



¡Hola! Me llamo Ana y soy estudiante de enfermería, de 4º año. Soy judoka y escritora. Y solía ser donante de médula. Y, hasta Enero de 2015, tenía leucemia promielocítica aguda. A día de hoy, aunque sigo en tratamiento, estoy en fase de remisión, lo que quiere decir que soy oficialmente ex “leucémica”.

Aunque me cueste admitirlo como futura enfermera que soy, no me di cuenta de que estaba enferma hasta que las cosas tomaron un cariz poco atractivo aunque, en retrospectiva, sólo me hacía falta un cartel de neón.

Nunca te lo esperas. Quiero decir, vas a la playa, ves unos cardenales y ni te acuerdas de cómo te los has hecho. Todo el mundo lo sabe, tienes un cerebro bastante decente que a alguien se le olvidó conectar con el resto del cuerpo, así que no se te ocurre que te estén disminuyendo las plaquetas. Te cansas desde la parada del autobús a casa y no piensas que tienes una hemoglobina de 7 g/dL.

Los moratones, una visita rutinaria a mi doctora de cabecera un jueves por la tarde y un accidente de autobús fueron lo que desencadenó mi accidentado pero afortunado diagnóstico.

Como ya he dicho, siempre he tenido muchos moratones, pero estos eran como poco peculiares. Aparecían con gran facilidad pero tardaban mucho en desaparecer. Y cuando digo con gran facilidad, quiero decir que el día antes de ir a mi centro de salud, me apreté con el dedo gordo en el antebrazo derecho durante unos minutos y a la media hora ya tenía una réplica de mi huella dactilar en morado. Cuando se lo conté a mi doctora, me dijo que haríamos análisis y que podía ser anemia.

Al día siguiente decidí ir a hacerme los análisis antes de ir a la universidad pero en un frenazo inesperado del autobús cuando nos acercábamos a la parada, un señor perdió el equilibrio con tan mala fortuna que en vez de agarrarse a la barra, se agarró a mí, y como resultado acabamos los dos en el suelo. Un señor bastante corpulento que me dejó de recuerdo un cardenal en cierta parte de mi anatomía que todos os imagináis puesto que me caí de espaldas con 90 kilos encima. Y otros tantos en codos y piernas que vinieron a unirse a la colección que ya tenía. Su rodilla dejó una impresión perfecta en mi muslo.

Por motivos que incluyen vergüenza y un considerable dolor físico, aquel día no me hice los análisis. Era viernes. Después del fin de semana entonces.

El lunes siguiente estaba en urgencias tras prácticamente asfixiarme por subir unas escaleras. Y apenas poder respirar del coche a la puerta del hospital. El término clínico, para los entendidos del tema, es “disnea de esfuerzo” y a los doctores de urgencias les hizo sentirse muy sorprendidos el escucharme utilizarlo (y a mí un poquito pagada de mí misma porque, independientemente de la situación en la que me encuentre, siempre es un gustazo ver la



incredulidad de la gente cuando se da cuenta de que los enfermeros y enfermeras vamos a la universidad para algo).

Me sacaron sangre en Urgencias y comprobaron que tenía pancitopenia (un recuento de células sanguíneas muy bajo) por lo que aquella fue la primera noche que pasé ingresada. Mi primera transfusión de sangre y de plaquetas. Al día siguiente, las hematólogas me comunicaron que tendría que trasladarme a un hospital especializado en enfermedades de la sangre porque mi situación era lo bastante delicada como para necesitar un tratamiento que allí no podían ofrecerme. Y ese mismo día decidieron trasladarme a otro Hospital.

Para ese momento, yo tenía bastante claro que no era una visita pasajera y menos después de ver mis desastrosos resultados. Hematíes, leucocitos, plaquetas... No tenía nada en condiciones. Así que digamos que era una estudiante de enfermería de 4º de grado, con cierto conocimiento acerca de la interpretación de analíticas, tumbada en la parte de atrás de una ambulancia que me trasladaba a un hospital especializado en hematología y con mi informe del alta en la mano. Vestida con un pijama de hospital. Kiss FM de fondo. No fue uno de mis momentos más estelares.

Tras un breve tour por urgencias, aterricé en la Planta 3. Conocí a la doctora, me puse unos pantalones y con ello recuperé algo de la dignidad perdida con el camisoncito.

Me hicieron una biopsia medular entre otros muchos análisis y pruebas. Las biopsias medulares son como los exámenes. No te harías una todos los días pero, en el fondo, no son para tanto. Un eco cardio que me dejó claro que me iban a dar quimioterapia. Para el diagnóstico, cuando llegó, pedí estar sola con mi doctora. A esas alturas del partido, ya me lo imaginaba. Quiero decir, no soy una experta, si lo fuese sería hematóloga pero cuando sabes dónde mirar, es un poco complicado ignorar lo que pasa. Hablé con ella largo y tendido, queriendo saber al detalle todo lo que me podía pasar y haciendo las preguntas que no quería que la gente me escuchase hacer, y aunque la doctora no podía decirme con todas las letras que seguro que me curaba, en mi vida he estado más segura de que “no, que no me da la gana morirme”.

Hablé con mi familia durante mucho rato también. Y, al terminar, empezaron las llamadas telefónicas a mis amigos. Y los mensajes. Y si rodó alguna lagrimilla, es algo que queda entre nosotros.

Esa noche se me pasaron muchas cosas por la cabeza. Sabía que no me iba a morir pero a veces se colaba ese “y si...” que se me había escapado en los cinco minutos hasta que había llegado mi doctora. ¿Y si no salgo de esta? ¿Y si no puedo graduarme? ¿Y si les pasa algo a mis hermanos? ¿Y si le pasa algo a mis futuros sobrinos? ¿Y si a partir de ahora, durante el resto de mi vida, la gente me mira como la chica que tuvo leucemia? ¿Y si no me da tiempo a terminar mi libro? ¿Y si no puedo volver a hacer judo? ¿Y si nunca puedo ir a un concierto de Sabina? ¿Y si no llego a



leer las Puertas de Piedra, la tercera parte de la trilogía de Patrick Rothfuss? Ni que decir tiene que cuanto más cansada estaba, más dispersas se hacían mis preocupaciones.

A todo esto, mis defensas estaban muy bajas así que entré directamente en aislamiento. Me pusieron una vía central e inicié mi primer ciclo de quimioterapia con Idarubicina y tomé Tretinoína. Y sufrí los efectos secundarios a corto y a largo plazo. Es curioso que la gente piense que lo peor que te puede pasar es que se te caiga el pelo, y eso es porque, evidentemente, nunca han estado en aislamiento. Y nunca lo han estado en una habitación pintada de color naranja huevo, con un menú restringido que te impide comer crudos (a veces parece que las verduras se han muerto de pena y las han cocinado en lágrimas) y tomando batidos proteicos hechos al 60% de aceite de hígado de pescado (consejo: no os leáis las etiquetas, la ignorancia es una bendición).

Fueron 36 días largos, aunque siempre estuve acompañada de mis padres y hermanos y de mis amigos. Y conté con la inestimable ayuda y compañía de todos los enfermeros y enfermeras, y de las auxiliares, que se esforzaron por hacerme la vida mucho más fácil y lo consiguieron.

Se me cayó el pelo, se me peló la nariz, decoré la habitación con fotos, me compré gorros de animales ridículos, me sangraron las encías, discutí de política con las señoras de la limpieza... Quise abrir la ventana todos los días que estuve pero lo tenía prohibido. Tuve una fisioterapeuta que estuvo conmigo todo el ingreso y me ayudó a ejercitarme y no perder masa muscular.

En cierto sentido, aunque el primer ciclo no tuvo grandes complicaciones, creo que ha sido el más duro. Siempre la duda de si podría volver a la universidad este año, escuchar a mis compañeros hablar de sus trabajos de fin de grado y de las clases, y no poder estar allí, no poder salir en la orla con el resto de mi curso. En el fondo son problemas menores, tengo tiempo para hacerlas, pero me he perdido cosas importantes.

Finalmente, empecé a remontar y pude salir del aislamiento. Cuando me lo dijeron, salí en el momento con mi hermano a darme un paseo por la planta. Con un gorro de lobo en la cabeza. Mi doctora tuvo que venir a buscarme. Tampoco fue otro de mis momentos estelares.

Cuatro días después de que me quitasen el aislamiento, me confirmaron que podía irme a casa y, al marcharme, me llevé la mitad de la pintura de la pared pegada al celo e hice el Moon Walk hacia el ascensor.

Pasé 21 geniales días fuera y tras el primer ciclo, confirmamos que estaba en remisión. Bailé en la calle.

Para mi segundo ciclo decidieron ponerme un reservorio, con lo que me he ganado otra bonita cicatriz. Durante el proceso me durmieron pero todas las personas con las que hablé y a las que bombardeé a preguntas fueron muy pacientes y contestaron a todas mis dudas hasta que vino la bendita inconsciencia. Bendita para ellos, que yo quería saberlo todo.



El segundo ciclo fue más corto, cuatro días de Citarabina e Idarubicina, y me dejaron irme a casa seis días de descanso hasta el inicio de la aplasia. ¡Seis días! No entendéis la emoción pero seis días, aunque se pasen encerrados en casa, son seis días fuera. Ya os he hablado de la comida. Y del color naranja. Maldito color naranja.

Cuando entré en aislamiento de nuevo, esperaba que todo fuese tan bien como durante el primero. Fui igual de meticulosa e igual de observadora pero a veces surgen complicaciones. Tuve una infección y pasé unos días con fiebre pero por suerte todo se resolvió con los antibióticos adecuados. Un juego de niños. Y entonces me adentré en el maravilloso mundo de la mucositis, en concreto en la garganta. Úlceras en la garganta. Sin entrar en detalles escabrosos, sabed que no es divertido. Por suerte, en estos días existe algo llamado Tramadol que hizo la experiencia mucho más llevadera aunque durante las primeras horas estuve un poco “colocada” (hay un vídeo de 11 minutos, en serio) y en los siguientes días me costó tener las ideas claras. También me produjo náuseas, vómitos y cierta inestabilidad incluso sentada en la cama pero me reí mucho. Y cuándo creía que ya lo había probado todo, que ni el color de las paredes, ni las verduras podían hacer temblar mi voluntad, una transfusión de plaquetas y una reacción cutánea me presentaron al señor Polaramine y 15 horas de inconsciencia.

Y de nuevo, 21 días de libertad. Disfruté de todas las Navidades fuera. Comí más roscón del que debía, más bombones de los que merecía y nadie me echó la bronca. Pude ver a mis amigos de la facultad y celebrar el último día de clases teóricas de toda la carrera, lo que sumó un total de 7 días y cuatro horas de clase para mí en todo el curso. Pude hacer una excursión a la montaña, ir al cine y comer jamón con melón. En definitiva, otros 21 días muy geniales.

Acabo de terminar hace unos días mi tercer ciclo y ha sido el que mejor he llevado. La quimioterapia no sienta bien nunca y tuve un desastroso encuentro con unos canelones, en el cual ellos salieron victoriosos, pero por lo demás creo que el marcador sigue a mi favor.

Ahora me queda un último ciclo antes de los dos años de mantenimiento y estoy tan cerca de la libertad y de decir adiós para siempre al naranja de las paredes, de un concierto de Sabina y del tercer libro de Patrick Rothfuss que hasta me dan ganas de que sea junio para suspender un par de asignaturas.

Por eso, si estás pasando por la misma situación que yo y lees esto, todo lo que tengo decir es que la vida sigue siendo buena. Que para mí ya era buena antes y lo sabía, que era buena durante y lo tenía más o menos claro, que es buena ahora y que va a seguir siendo buena mucho tiempo más. Y, sobre todo ahora que mi esperanza de vida vuelve a aproximarse a la media española, puedo deciros con total seguridad que todo merece la pena.

Mis consejos, si los aceptas, son que entiendas que algunas cosas son el precio que hay que pagar y que no es tan alto como pensamos. Que hagas de los días de aislamiento algo tan



provechoso como los días que se pasan fuera. Que llenes de fotos la habitación. Que llores si lo necesitas y que no lo hagas si no te da la gana; tus glándulas lacrimales, tus normas. Que te compres una peluca si quieres, te hagas un turbante si te queda mejor o te pongas gorros. Los gorros son fabulosos. O que muestres la calvorota. Cada cual con lo que le favorece. No mires demasiado por la ventana. Bromea del tema con los amigos aunque nadie aprecie vuestro sentido del humor. Que seas paciente con las emociones ajenas. Que puedes sentirte un héroe pero que no tienes que serlo si no quieres. Ni un milagro de la ciencia ni de Dios. Ni un santo, ni siquiera mejor persona. Las expectativas para el que no tenga cáncer. Acosa a preguntas a doctores y doctoras, googlea con precaución, respeta a enfermeros, enfermeras y auxiliares. Que des conversación a los celadores en el ascensor y que, en definitiva, intentes ser tan feliz dentro como fuera.

Sé de sobra que esto no es para todo el mundo igual. Que puede que la situación por la que estás pasando cambie por completo tu forma de ver la vida (y quieras hacerte hasta un tatuaje para recordarlo) o que te pase como a mí, que tengo la profundidad de un charco y la inteligencia emocional de una piedra, y que las cicatrices sean suficientes para hacerte, aunque sea, un poquito menos quejica y un poquito más persona. Por ello, mi más sincero consejo es que sigas adelante, feliz, contento, triste, enfadado o como consideres que puedes porque, afortunadamente para nosotros, esta bala puede ser de fogueo.

PD: Con todo lo que he escrito y habéis podido ver, espero que entendáis lo muy agradecida que estoy a mis padres, hermanos, tíos y tía. A mis amigos, los que vienen todos los viernes y encima donan médula y se ríen conmigo de esto, los que me hacen minions que colgar del palo de suero, los que me componen una canción, los que vienen los sábados, los que me dicen que mi vida es una peli de Óscar y los que me entretienen las largas horas del día aunque tienen muchas cosas mejores que hacer. Los que vienen a verme cenar al salir de la universidad. Los que me regalan gorros de la Princesa Chicle y anillos de Linterna Verde. Los que me compran bombines que no me quitaré en la vida.

Y a mis doctoras, Begoña Navas y María Concepción “Concha” Alaez, súper mujeres y excelentes profesionales, porque es un gustazo y un honor habérmelas cruzado por el camino. Soy un pequeño saltamontes muy afortunado.

Y a toda mi gente de la planta 3 del Hospital de la Moncloa, porque después de todos estos meses son casi familia. A todas mis enfermeras (Alejandra, Silvia, Vir, Belén, María, Sonia, Noelia...) y enfermeros (Manu, Nacho y Álvaro) que demuestran cada día que la enfermería merece mucho más respeto del que recibe, que son súper héroes en pijama por los pasillos y que siempre han tenido tiempo para mí. A mis auxiliares (Charo, Kika, Ana, Sole, Encarna, Rosa, Juana...) que me cuidan, me regañan, me miman y me enseñan la importancia de su trabajo a diario. Y me aguantan, sobre todo eso. A los celadores, a mis queridas Señoras de la Limpieza, que se merecen mucho más de lo que les dan y hablan de política como auténticos catedráticos.

Gracias a todos.